

Epílogo

Apenas habían hablado durante el camino de vuelta. Derren había estado demasiado ocupado cuestionándose todas sus creencias, y Demi dirigiendo todas sus fuerzas a sus piernas para arrastrar los pies, hecha polvo y sin decir ni mu.

La cazadora de Serpentia había partido hacia Daxos, pues tenía un trabajo pendiente en la cueva de los zafiros, según había explicado. "Heterocromía", había dicho. ¿Era un demonio entonces? No. Una hija de las Guardianas, recordó oírle decir a Ysbra. ¿Cómo lo sabía ella? Nunca había oído hablar de ello. Nunca había visto nada igual. Semejante incendio provocado por una chiquilla escuálida. ¿Cómo era posible?

Derren estuvo dándole vueltas al asunto incluso cuando llegaron de regreso a la posada. Al principio, fue un recibimiento bastante frío. Pero todo mejoró cuando Derren les aseguró que la libélula había muerto. Los campesinos alzaron los brazos al cielo, besaron la tierra, se arrodillaron para orar a los espíritus... Unos lloraban, otros cantaban e incluso hubo quien descorchó una botella de Uaga y empezó a rociar a la gente como se hacía durante las fiestas del solsticio.

Aquella noche los responsables del hito cenaron y durmieron a cuenta de la casa. Ahí se encontraron con el cazador calvo y el tostado que, visiblemente, habían renunciado a la misión tras constatar el peligro que significaba. Sabía elección, tuvo que admitir Derren. Los leñadores se acercaron a agradecerles por el trabajo y felicitarles por la gesta. Pero Derren sabía que el mérito no era suyo. No podía quitarse de la cabeza lo que había ocurrido en lo alto del farallón.

El calor, el fuego, los ojos de Demi. Todavía sentía escalofríos. Miedo. Temía aquello que le había salvado la vida. Aquello que había destruido a la libélula como si de una hormiga se tratase. Un poder tan grande oculto en un cuerpo tan pequeño... Se fue a dormir con pensamientos encontrados.

A la mañana siguiente, el sol brillaba en el cielo y Derren miraba al suelo mientras pasaban por entre las casas de adobe para salir de la aldea por un sendero flanqueado de piedras a ambos lados y algún que otro hierbajo.

— ¿Qué harás ahora? —se interesó Demi.

— No lo he pensado aún. La libélula parece haber ahuyentado a todos los cerberos. No creo que me necesiten por aquí de momento. Hay bastante trabajo en el norte, pero las gorgonias no son mi especialidad, y no me gustan las serpientes. Puede que me tome un tiempo para entrenar.

— ¿Te quedarás en los Mil Reinos?

Derren nunca se había planteado salir. ¿Para qué? Ni siquiera conocía todos los rincones de sus tierras, ¿cómo iba a tratar de explorar un lugar cien veces más vasto? ¿Por dónde empezar? Hasta entonces, solo se había preocupado por cazar monstruos. Para eso lo habían formado. Pero lo cierto era que en ese momento sentía curiosidad por los secretos que escondía el mundo. Más allá del Paso, más allá de Mohad, incluso. El desconocido Oeste. Quizá fuera el momento de cambiar de aires.

– Puede que no. Quizá vaya siendo hora de dejar mi hebilla de cazador. Al fin y al cabo, de no haber sido por ti, yo estaría muerto. La libélula me derrotó –se lo pensó haciendo una pausa–. Sí... Creo que saldré de aquí.

– ¿Adónde iras?

– Adonde me lleven mis botas –dijo con una sonrisa de oreja a oreja–. ¿Y tú?

– Una vez un anciano me dijo que si algún día tenía miedo de mí misma, que fuera a las islas del Borde –aclaró, con una extraña sonrisa ella también, pero que parecía forzada.

El cazador asintió. Eso significaba que sus caminos se separaban. Ella iría al sur, hacia Endas, donde embarcaría en algún barco mercante con minúsculos camarotes. Él era un hombre de tierra firme. Él iría a las montañas. Eso también significaba que era su última oportunidad para hacer la pregunta que se le atragantaba.

– Entonces, nuestros caminos se separan aquí. Acepta esta bolsa de monedas. Me salvaste la vida.

– Y tú me la salvaste a mí. Estamos en paz.

– Demi... –Derren tragó saliva–. Yo tengo más dinero, tú no tienes nada. Acéptalo.

– En realidad no me llamo Demi –cogió la bolsa aún con la duda reflejada en el semblante–. Mi nombre es Pira.

De pronto, a Derren le arponeó la necesidad de saber. Saber qué era lo que le había salvado. Y tenía que preguntarlo en ese momento, o nunca lo sabría.

– Pira... –carraspeó. No tenía ni idea de cómo formular una pregunta como esa, así que optó por lanzarla tal cual–. ¿Eres... un demonio?

Notó como si se deshiciera de un pesado lastre y el nudo que tenía en el gástrico se liberó. ¿Qué respuesta esperaba obtener? ¿Qué respuesta preferiría oír? ¿Cambiaría algo, un sí o un no?

La muchacha lo miró a la cara. A Derren no se le daba bien leer en los ojos de la gente. Pero los de ella eran de un gris limpio y borroso. A la vez nebuloso y transparente. Un gris que dejaba traslucir miedo y desconcierto, confusión e inseguridad, pero también confianza.

Eran toda una paradoja en sí mismos, pero no eran malvados. Derren había visto la maldad en muchos ojos, y allí no había ni pizca. Decidió que no necesitaba una respuesta. Decidió que esos no podían ser los ojos de un demonio.

– No lo sé –Pira hizo una pausa antes de exhalar un suspiro y bajar los hombros con gesto pesadoso–. No lo sé.